

El lápiz de Esculapio

La carabela

Joaquín Valls Arnau

La sala de espera de mi dentista acostumbra a ser un espacio alegre y bullicioso. Algo tendrá que ver en ello el hecho de que sea una persona dotada de unas manos prodigiosas y también de un gran sentido del humor. Recuerdo que en la primera visita, cuando todavía era un niño, nada más sentarme en el sillón articulado me llamó la atención su dentadura, manchada de nicotina y con la mayoría de piezas torcidas y superpuestas. Supongo que por mi cara de asombro adivinó lo que me pasaba por la cabeza, y anticipándose me comentó con ironía que no se fiaba de los dentistas, de ninguno de ellos. Hace unos meses, cuando me decidí a ponerme un implante artificial y le pregunté si se trataba de una solución duradera, me respondió con una media sonrisa que aquella muela falsa quedaría sujeta para siempre a mi «carabela», con la que emprendería el último de mis viajes.